

Fiesta y pachanga en *Nueva burguesía* de Mariano Azuela

TERESITA QUIROZ ÁVILA | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA,
AZCAPOTZALCO

Resumen

Las fiestas son una forma de contar y medir el tiempo colectivo. El domingo, séptimo día de la semana, es el tiempo calendárico que el escritor jalisciense Mariano Azuela retoma para mostrar en su novela *Nueva burguesía* las formas de gastar el asueto, de *hacer fiesta* por parte de los habitantes de la vecindad de Nonoalco 68, uno de los conjuntos vecinales más grandes de la zona fabril de Tlatelolco en la Ciudad de México durante el año de 1939. El asueto vivido como fiesta es el ejercicio de la manifestación política, el cabaret, el paseo o lo que Azuela denomina como turismo criollo, y donde juega un papel central la vestimenta y el adorno. Se refieren algunas reflexiones de Giannini, De Certeau, Simmel y Benjamin.

Abstract

Festive holidays are a way to count and measure collective time. Sunday, the seventh day of the week, is the calendar time that Mariano Azuela, from the state of Jalisco, goes back to in order to show—in his novel *Nueva burguesía*—the ways the inhabitants of the 68 Nonoalco Street apartments, one of the largest factory zones of Tlatelolco in Mexico City, spent their holidays and *partied* in 1939. Time off lived as a festivity is an exercise of political manifestation, cabaret, promenade, or what Azuela calls *home-grown tourism*, where dress and ornament command a central role. The author refers to several reflections by Giannini, De Certeau, Simmel, and Benjamin.

Palabras clave: Mariano Azuela, *Nueva burguesía*, Ciudad de México, obreros, asueto, fiesta, domingo.

Key words: *New bourgeoisie*, Mexico City, workers, holiday, party, Sunday.

Para citar este artículo: Quiroz Ávila, Teresita, "Fiesta y pachanga en Nueva burguesía de Mariano Azuela", en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 48, semestre I de 2017, UAM-Azcapotzalco, pp. 173-190.

Las fiestas son una forma de contar y medir el tiempo colectivo. Significa el resaltar o recordar una actividad en una fecha especial a través de una reunión social. Son momentos de celebración colectiva o individual, privada o pública. Dependiendo de la época y de los principios hegemónicos se mide el tiempo en calendarios que rigen la vida de los grupos sociales.

Dentro de la estructura festiva existen jerarquías y roles específicos que se actúan durante todo el festejo, papeles claramente establecidos y quehaceres por cumplir. Es una rígida organización que se debe seguir al pie de la letra para que la celebración se lleve a buen fin, por lo cual los niveles jerárquicos se respetan por todo el colectivo que interviene y departe. Los individuos, quienes participan en las fases del proceso del festejo, establecen lazos muy intensos que los hermanan y unen al ser cómplices y miembros solidarios de las acciones y prácticas que se van sucediendo a lo largo del ritual. Entre éstos se comparten los códigos de la celebración y las anécdotas del cómo se lleva a cabo el suceso.

En la fiesta hay un rompimiento de la cotidianeidad y los horarios se modifican. Se entra en un nuevo tiempo, el tiempo del ritual que marca las pautas para organizar el acto de celebrar. Es principalmente desde la antropología que se han estudiado los vínculos sociales del ritual en diversas estructuras tribales. Los especialistas identifican tres fases: la primera ubica un periodo de antecedentes que se utiliza para los arreglos previos; la segunda etapa se caracteriza por la realización del festejo mismo, colmado por la celebración: ceremonias, rituales, protocolos que resaltan la magnificencia de la fecha y son el punto álgido por el cual se celebra, está saturado de símbolos, códigos y claves que hablan sobre la trascendencia de tal acontecimiento. Al final de la celebración, si fue bien conseguido y el ritual fue propicio, es permitido el fandango y hasta el *destrampe*. Ésta es la tercer etapa del festejo: la catarsis y las acciones sin freno, es el momento en que se rompe la formalidad establecida para la ceremonia y sucede un himno de regocijo que homogeniza las diferencias sociales entre los participantes, la algarabía propicia que se tergiverse el canon y los individuos pierden compostura hasta llegar a niveles de gran jolgorio, se arma gritería, alboroto y en algunos casos no se mantiene el control personal

y social; Norbert Elías habla sobre una ruptura o inversión de los códigos civilizatorios establecidos.

Al romperse las fronteras sociales y jerárquicas en una explosión de adrenalina, el fenómeno grupal, colectivo y de participación masiva hace que los límites se diluyan y se muevan los impulsos primitivos, sensuales y sexuales que generalmente se reprimen.¹ Así, en el tiempo festivo o carnavalesco es cuando los cuerpos se encuentran, actúan lo que desean y se desdibujan las jerarquías que estructuraban el orden regular. Una alegría excesiva sucede al liberarse la tensión aglutinada, pues al sellarse el acuerdo, vale la pena la experiencia del desenfreno, y *arman la pachanga*, hasta el otro día o varios días después. Pero la fiesta y el desenfreno no pueden ser lo cotidiano, son un compás de espera que corta la rutina. En palabras de Humberto Giannini, especialista en el análisis de la vida cotidiana, la fiesta o tiempo de ocio es una *transgresión* a la ruta del diario acontecer, justo y necesario para cortar la repetición monótona de lo habitual.²

Entonces,

[la transgresión] podemos entenderla, con Goffman, como cualquier conducta que se sale del marco (*frame*) pre-determinado de una "ocasión social", y que "descoloca" a los otros respecto de los roles habituales por los que debería reconocerse mutuamente en esa ocasión-tipo. [...] pensemos que la conmemoración –fiesta, en el sentido más propio– es transgresión de ese tiempo lineal de la rutina del que venimos de hablar. Y que, sin embargo, posee este rasgo esencial: se conmemora lo que fue –se le rescata– a fin de que en cierto sentido siga siendo. Muerte y resurrección cíclicas de los dioses y en el alma de los festejantes. En la fiesta se quiebra, pues, un tiempo que es continua pérdida de sí en lo indeterminado (el tiempo proyectante), a fin de rescatar otro, digno de rememorarse.³

El día de asueto

En una sociedad bajo los parámetros religiosos, las fiestas que aparecen en su calendario son de carácter piadoso; pero en un sistema social dentro de los parámetros de la vida laboral, son las actividades comprendidas por los ciclos del

¹ Roberto Salazar Guerrero, "Algunas nociones sobre los grupos", *Imaginación y deseo. Los actores en el ámbito universitario*, UAM/ Miguel Ángel Porrúa, México, 2001, pp. 33-39.

² Humberto Giannini, *La "reflexión" cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2004 (1987), pp. 45-47.

³ *Ibid.*, pp. 45-47.

trabajo los que determinan la constitución de su calendario: la semana laboral, los días y horarios que marca la jornada, las fechas de cobro, los días de descanso, los sonidos fabriles son los que rigen la agenda diaria, el calendario semanal y anual de la sociedad asalariada. Así que, de siete días de la semana, seis se dedican a la rutina del oficio en la fábrica o en la oficina y el séptimo día, es día para *hacer la fiesta* y dedicarse a reponer fuerzas, al ocio, al reposo, al paseo y por supuesto a venerar las actividades del no trabajar.

El domingo, séptimo día de la semana, es el tiempo calendárico⁴ que el escritor jalisciense Mariano Azuela retoma para mostrar en su novela *Nueva burguesía*⁵ las formas de gastar el asueto, de *hacer fiesta*⁶ por parte de los habitantes de la vecindad de Nonoalco 68, uno de los conjuntos vecinales más grandes de la zona fabril de Tlatelolco en la Ciudad de México durante el año de 1939.

Michael de Certeau señala que los sábados, domingos y días de asueto se experimenta una actitud donde hace presencia la alegría y el relajamiento de las conductas, ante la oportunidad del *tiempo libre*. Es una liberación y la fiesta empieza con anterioridad ante los preparativos y con mayor insistencia la tarde anterior al día vacante:

para simbolizar que se entra verdaderamente en el descanso. El incremento del tiempo libre remodeló la organización de la semana al permitir una auténtica individualización del tiempo semanal. Este fenómeno resulta sobre todo notable en lo que concierne a la apropiación del espacio urbano⁷.

De Certeau insiste que el *tiempo libre* proporciona un vínculo directo con el consumo y la experiencia estética al ser espectadores de los aparadores comer-

⁴ Véase Paul Ricoeur, *Tiempo y narración* (3 t.), Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 783-815.

⁵ Las historias urbanas que recrea Azuela muestran la mirada del escritor sobre la vida de los barrios pobres y los trabajadores de la capital. Presenta una lotería de personajes, su organización cotidiana y colectiva en el periodo posrevolucionario. Podemos observar, a través de la ficción novelada y el horizonte de Azuela, las formas de festejar para los habitantes que pueblan el espacio urbano de sus historias. Novelas: *La malhora* (pulquería), *La luciérnaga* (pulquería y fiesta de políticos en Las Lomas de Chapultepec), *El camarada Pantoja* (Quema de Judas, Día de la Guadalupana, fiesta en honor del general Calderas en la Quinta Chata), *La marchanta* (cena de boda en departamento, restaurante y cabaret), principalmente en *Nueva burguesía* (manifestación, cabaret, día de campo, turismo criollo, velorio, bodas). Véase Teresita Quiroz Ávila, *La mirada urbana en Mariano Azuela* (UAM, 2014).

⁶ *Hacer fiesta*, término para denominar prácticas sociales que se realizan durante el periodo de descanso y cuando no se trabaja.

⁷ Michael de Certeau, "El fin de semana. Sábado-domingo", *La invención de lo cotidiano*, 2. *Habitar, cocinar*, México, Universidad Iberoamericana, p. 103.

ciales, en un estar de fiesta por el relajamiento, la propiedad de un tiempo de vacación: para ir, para ver, para ejercer la posibilidad de elección y compra. En los días de asueto, la vestimenta es más relajada, juvenil y variada; o por el contrario, más exclusiva y de mayor distinción que en diario. Dado que, la vacante puede ser un día o dos, se sale de sus espacios cotidianos, los *particulares*⁸ toman la ciudad o los sitios próximos, se vive como un lujo pero también como derecho social, con una “extraordinaria acumulación del deseo de vivir”, hay una “euforia del sábado que estaba ligada a la reciente disminución del tiempo de trabajo en la vida social [...] experimentación del ‘tiempo libre’ tomado del ‘tiempo obligado’ del trabajo”.⁹

El ‘ser urbano’ [...] cambió de naturaleza cuando obtuvieron el tiempo libre para recorrer activamente una ciudad despierta y ya no adormecida en la tristeza del domingo. Ahora esta experiencia ha pasado a las costumbres; con mucha dificultad puede imaginarse la revolución que esto introdujo en la cotidianidad: la ciudad en verdad se volvió una ciudad abierta, profusión de símbolos, poema. Más allá de las estrategias del consumo, el tiempo libre del sábado hizo posible la apropiación del espacio urbano mediante el deseo de un sujeto itinerante que, al descubrirla en la vitalidad de sus fuerzas vivas, se dedicó a amarla porque al fin podía reconocerse en ella como consumidor y no sólo como productor.¹⁰

Fiesta y adorno

Al estar fuera del tiempo cotidiano y determinar romper la rutina, el festejo se atavía de adornos¹¹ que marcan un compás diferente a lo habitual, entonces el transcurrir del tiempo se percibe diferente, para lo cual se hacen preparativos especiales y hay una necesidad de lucir excepcional. Aquello que agrada y despierte a las sensaciones es propicio para la fiesta, pues ésta es un momento para la sensualidad, la espiritualidad... para la exaltación de los sentidos.

Simmel en su “Digresión sobre el adorno” (*Fundamentos de sociología*, 1939) señala que el ornamento representa la expresión máxima del egoísmo,

⁸ Manuel Hermoso, “Agnes Heller. Vida cotidiana”, marxista que a partir del análisis del sistema de producción retoma y puntualiza la importancia de la vida cotidiana para el proceso de reproducción social, grupalidad o generacidad que está formada por particulares o entes genéricos.

⁹ Michael de Certeau, *op. cit.*, p. 105.

¹⁰ *Ibid.*, p. 105.

¹¹ Teresita Quiroz Ávila, *La mirada urbana de Mariano Azuela*, UAM, México, 2014. Véase Walter Benjamin, “Sobre la moda”, *El libro de los pasajes*, Madrid, Ediciones Akal, 2005; George Simmel, “Digresión sobre el adorno”, *Fundamentos de sociología*, 1939, pp. 358-363.

pues el objeto que engalana le pertenece en exclusiva a quien lo porta y hace gala del mismo frente a los otros que no lo tienen, con la intención de generar en quien observa el deseo de posesión del objeto y la admiración del individuo poseedor, una envidia social.

En su circunstancia, esta situación representa un elemento de mayor egoísmo y al mismo tiempo de mayor altruismo, porque aquellos que admiran el objeto y a quien lo porta; son los otros quienes se ven iluminados por tal elemento, que no poseen; en tanto que el depositario del adorno lo puede lucir pero no disfrutará el efecto social del *asombro*. La intención de *agrado* se funda en construir, sobre el sentimiento de inferioridad de los que admiran, la estimación de quien muestra.¹² Quien tiene el adorno se muestra, se pavonea y presume su reciente distinción, que se manifiesta primero por su actitud pero principalmente por su indumentaria. Compra ropa, muebles y enseres modernos. El objetivo es cubrir una serie de necesidades, pero lo hace de manera ostentosa para mostrar a quienes lo conocen. Esta situación lo diferencia del que era antes y de los otros. La vestimenta y sus accesorios lo *adornan*, puede y desea ser envidiado, esto lo alegra y redundante en autoestimación.

Para el sociólogo Simmel, el valor del adorno radica en su autenticidad, y el supremo adorno está en los metales brillantes y las piedras preciosas, es el caso de las joyas. La función del adorno es acentuar la personalidad e incrementar la importancia por la evidencia: ataviar, embellecer para resaltar el poder de la imagen de quien lo ostenta, porque “la persona es, por decirlo así, más cuando se halla adornada”; entre menos sobrio sea lo superfluo del decorado, superior será su impacto, por excesivo, inútil e impersonal. Después de las alhajas, se considera como adorno todo objeto nuevo que manifieste su originalidad y derroche; la vestimenta, por ejemplo, mantiene el estatus de adorno mientras manifieste cierta rigidez de la tela porque no se ha amoldado a ningún cuerpo ni presenta desgaste.

Esta lucha entre lo auténtico y la apariencia manifiesta una tensión en el ámbito social a través del fenómeno de *la moda*, entendida como la exclusividad de un grupo que se muestra e impone su concepción del mundo frente a las clases que carecen de las condiciones para tales derroches o extravagancias. La diversidad de ropa que usa se relaciona con su capacidad de consumo. Walter Benjamin, en sus notas sobre la moda,¹³ señala que los estilos de vestir son reflejo de la actividad económica y del ritmo de cambio de la modernidad; para que funcione la dinámica social de la mercancía, los promotores del

¹² Teresita Quiroz Ávila, “El adorno y la moda, la ostentación de clase”, *op. cit.*, pp. 108-110.

¹³ Walter Benjamin, “Sobre la moda”, *El libro de los pasajes*, Editorial Akal, 2005, pp. 92-103.

mercado del vestido “introducen artículos con el objeto de que se pongan de moda”; además, es la cubierta que embellece y muestra que el individuo “responde a las nuevas velocidades, que introdujeron un ritmo distinto a la vida”, por ello es resultado de la necesidad de sensación vanguardista, “ser contemporánea de todo el mundo: ésa es la satisfacción más intensa y secreta que la moda proporciona”. Las revoluciones dan un posicionamiento nuevo a los grupos sociales, fenómeno que modifica la forma de vida y, en consecuencia, se transforma el estilo de vestir.

Al ser la ropa manifestación de poder, también es expresión de resistencia e identidad, pero al mismo tiempo, puede generar rechazo, identificación del otro o admiración por la imagen que proyecta o representa. El guardarropa de las mujeres, autoridades, líderes, obreros, artistas o religiosos se caracteriza por su indumentaria; prendas que se convierten en la piel y el adorno de la clase social. Por ejemplo, con una combinación poco afortunada: azul, negro y café, señala Vicente Quirarte respecto a un personaje ciudadano:

El atuendo obrero exige etiqueta ceremonial y rigurosa. Roque, personaje de *Nueva burguesía* de Mariano Azuela, luce para la noche de asueto “overol azul de Prusia, recién estrenado; camisa negra de cuello levantado sobre la nuca, zapatos color café claro muy relumbrosos y un sombrero de copa picuda y alas muy cortas”¹⁴.



Obrero con su indumentaria tradicional: el overol y las herramientas de trabajo.

David Alfaro Siqueiros, s/t (192?)

¹⁴ Vicente Quirarte, *Elogio de la calle*, México, Cal y Arena, 1999, p. 533.

Para Walter Benjamín, el predominio de la moda pertenece a los círculos elevados de la sociedad, pues manifiestan su poderío a través del vestido, pero es un fenómeno que propicia la imitación de las clases medias. El adorno debe cautivar por ser auténtico, algunos consiguen imitar los rasgos del elemento decorativo pero la copia no tiene las propiedades de originalidad, simplemente aparenta ser, y el ignorante no se percata de ello. La competencia y la “encarnizada persecución de la vanidad de clase”, aunque dan apariencia de libertad, mantienen una tiranía ante el constante cambio; este ritmo, sumado al mercado y al deseo de las clases medias, promueve una masificación y abaratamiento de los productos para hacerlos accesibles a los nuevos compradores.

En las novelas urbanas de Mariano Azuela:¹⁵ *El camarada Pantoja* (1937), *Nueva burguesía* (1940) y *La marchanta* (1944), aparecen consumidores con poder de compra gracias a su salario, y llevan a cabo diversas actividades en su moderna vida; al actuar en su ejercicio urbano manifiestan su presencia social con un tipo de vestimenta que los caracteriza, los adorna y les permite participar en la dinámica de vanguardia y consumo. En este caso se trata de los asalariados del cardenismo como una *nueva burguesía*.

La ciudad obrera

Mariano Azuela nació en 1873, en un pueblo de los Altos de Jalisco. La sociedad que le rodeaba, se definía por la producción agropecuaria y la estructura de hacienda caciquil. Pertenecía a una clase provinciana ilustrada. Estudia medicina en Guadalajara y se titula con una tesis sobre neumonía en 1899. Durante la Revolución Mexicana participó como médico militar en las tropas de Villa y de Madero. En 1916, con toda su familia, se muda a la Ciudad de México. Su primer lugar de vivienda fue en una vecindad de Nonoalco Tlatelolco, frente al jardín de Santiago, lugar en el cual también brindaba atención clínica a los habitantes de la zona. Años después cambia de domicilio a una casa en las calles de Santa María la Rivera, colonia de clase media, donde instala su consultorio privado. Como galeno especialista en enfermedades venéreas da atención en la Beneficencia Pública localizada en el barrio de Tepito, además de participar como miembro del Jurado Público. A partir de estas experiencias, conocedor de las dolencias del cuerpo y el alma, construye la vida de los personajes, quienes pueblan sus novelas recreadas en la capital mexicana. Mariano Azuela escribió, entre 1920 y 1944, seis novelas urbanas que caracterizan a la

¹⁵ Véase Mariano Azuela, *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993. También, Teresita Quiroz Ávila, *op. cit.*

Ciudad de México como protagonista central, principalmente la zona fabril de Nonoalco Tlateloloco.

Los barrios de obreros a los cuales refiere Azuela son una zona receptora de migrantes de bajo nivel adquisitivo, son el área fabril de Nonoalco Tlatelolco, territorio históricamente definido por el comercio y donde hacia finales del siglo XIX se instala la zona de industria, los patios y aduana del ferrocarril, así como las torres receptoras de energía. Sin embargo, tenían una infraestructura pública insuficiente en comparación con el acelerado incremento poblacional que recibían; la mitad de los ciudadanos vivía en una sola habitación (cuarto redondo) sin servicios de agua y drenaje, con un indicador de 67% de las muertes a causa de enfermedades infecciosas, gastrointestinales y de vías respiratorias, propiciadas principalmente por las malas condiciones en la vivienda.

Por ejemplo, la colonia Guerrero, según los datos oficiales que aparecen en el Informe de 1930, seguía conservando su deplorable estado por la aglomeración de habitantes [...]. Las viviendas reducidas se ubicaban hacinadas en caserones de la época colonial que se convirtieron en vecindades sin servicios públicos higiénicos.¹⁶

Pero aun en 1934 las circunstancias de la colonia Guerrero eran lamentables, como lo indica la Federación de Organizaciones de Colonos de D.F. en una carta dirigida al presidente Abelardo Rodríguez.¹⁷ La capital de los años cuarenta estaba poblada por poco más de un millón 700 mil personas, de acuerdo al VI Censo.¹⁸ El país se caracterizaba por contar con 80% de población rural. La principal ciudad del país concentraba 8% de los habitantes.

El paisaje y la vida cotidiana estaban marcados por el ritmo de la industria, y se observaba por los grupos de trabajadores, ferrocarrileros y los recién llegados de provincia, quienes imprimían la sinfonía diaria al norponiente de la capital.

¹⁶ Teresita Quiroz Ávila, *op. cit.*, pp. 49 y 50.

¹⁷ "Colonias o fraccionamientos sin servicios o con servicios muy deficientes", *Informe de 1930, Departamento del Distrito Federal*. Véase, Jorge Jiménez Muñoz, *La traza del poder*, México, Dédalo/Codex, 1993.

¹⁸ Los censos de Población del Distrito Federal registraron las siguientes cifras: IV Censo General de Población, 1921, con 906 063; V Censo, 1930, con 1 229 576, y VI Censo, 1940, con 1 767 530 habitantes. INEGI, *Estadísticas históricas de México*, Tomo I. Francisco Alba Hernández, Centro de Estudios Económicos y Demográficos, El Colegio de México, 1995. Jorge Jiménez señala que entre 1920 y 1928, en lo que respecta a la urbe capitalina, se crearon cuarenta y ocho asentamientos en el Distrito Federal, los cuales se clasificaban en colonias obreras (27%), para clase media y alta (29%), sectores residenciales (15%), para burócratas (6%), para campesinos (4%) y un 19% sin clasificación. Jorge Jiménez Muñoz, *op. cit.*

Los trabajadores modernos tienen día de asueto

Dice el propio Azuela: "Nueva burguesía es una novela que propiamente no tiene argumento ni protagonistas, porque cada personaje es el protagonista de su propia vida"¹⁹, están inventándose, son los privilegiados y reconocidos como los hijos del futuro; la modernidad va a la par de objetos novedosos y prácticas sociales inéditas a los que las mayorías pueden acceder "democráticamente", se da un *boom* masivo en el consumo de productos y en la participación política a través de sindicatos y del Partido de la Revolución Mexicana (PRM), instituido por el gobierno en 1938; la compra de *lujillos* es un indicador de que se vive un nuevo tiempo, el futuro llegó, está disponible en el ambiente y se puede conseguir; es momento para el ejercicio del consumo.

Personajes que aparecen como un naciente estrato en la sociedad, cuyo perfil conforma una cultura popular de la urbe. Es una clase que usa el tranvía para desplazarse por la ciudad, va al salón de baile, toma pulque, cerveza y Bacardí, escucha a Agustín Lara, tiene una forma particular de vestir y desea mejorar su "stock" de vida.

Una gran mayoría de los personajes son migrantes que llegaron de la provincia. Sólo algunos son nativos de la capital y oriundos de Nonoalco. De éstos, los ferrocarrileros tienen los mejores salarios, que van de quinientos a mil pesos mensuales; le sigue una empleada de la Secretaría de Hacienda, que gana doscientos ochenta pesos al mes; después continúan los de salario mínimo, como los motoristas del tren urbano de la Compañía de Luz y Fuerza, o las obreras de la fábrica de galletas La Perla. El resto son trabajadores que reciben un ingreso irregular o propinas, como los choferes de taxi, el zapatero remendón, el mecapalero o el cuidador del baño en el mercado y las mujeres que no tienen un empleo remunerado y se encargan de atender a la familia.

El rango social sitúa a la mayoría de los personajes de la novela entre la clase trabajadora baja, con algunas excepciones, pero muestra un abanico amplio de indicadores de consumo o bienestar social. Al momento de adquirir o perder uno de estos elementos, se sube o baja en la gráfica de estatus.

La ciudad se convierte en el espacio de la urbanidad, de lo civilizado, lo moderno, espacio del consumo democrático y del tiempo libre para el ocio, para el descanso, para transgredir la rutina.

¹⁹ Mariano Azuela, *Epistolario y archivo*, México, Dirección General de Publicaciones, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 292.

Manifestación política como fiesta

También el gobierno y el sindicato organizan el día domingo actos que les ayudan a conservar su popularidad; periódicamente realizan desfiles cívico-atléticos, en los que participan empleados y obreros que “se exhiben medio desnudos por las avenidas principales de la capital. ¿Qué muchacha y aun vieja moderna es capaz de resistir a tan tentadora oportunidad?”²⁰ Desde la década de los veinte el deporte y la gimnasia se habían constituido en una actividad importante para reorganizar a los revolucionarios jóvenes, por ello se organizan los desfiles y se construyen complejos arquitectónicos como el deportivo Venustiano Carranza con su Casino Obrero, el Frontón México o el Estadio Nacional.²¹ Las jóvenes trabajadoras asisten a los festejos con vestidos nuevos, iban a lucirse en su día de asueto, pues el desfile permite usar la calle como espacio de lucimiento. En palabras de Gannini, salen del espacio domiciliado; el particular, aglomerado en pueblo, resurge de su terruño el séptimo día de la semana laboral y se muestran entre la multitud. Así, el espacio público es apropiado para las actividades de la población popular. Entonces la calle, de ser un lugar de trayecto se convierte en el sitio transgresor, porque deja la posibilidad abierta al desvío, al encuentro o la evasión, “abierto a lo que puede pasarnos en cualquier momento y quebrar provisionalmente el círculo inesencial pero férreo del presente continuo de la rutina [...]”²².

Regularmente los domingos, a esa hora, los inquilinos salían regocijados y con mucha alharaca a sus excursiones campestres, llevando sendos sacos de papel o de ixtle repletos de comestibles; pero ese domingo 27 de agosto del 39 nadie hablaba sino de la gran manifestación que el pueblo metropolitano preparaba al general Almazán, candidato de los opositores al gobierno de Lázaro Cárdenas, y nadie quería privarse de un espectáculo que tenía ya su grano de sal y del que se esperaba algo.²³

La vecindad más grande de la calzada Nonoalco hasta la calle de Olivo, cercana a Buenavista, estaba habitada por obreros, choferes, ferrocarrileros y mecánicos, principalmente, quienes se disponen para ir a una protesta en

²⁰ Mariano Azuela, “Nueva burguesía”, *op. cit.*, p. 43.

²¹ Elsa Muñoz, *Cuerpo, representación y poder. México en los albores de la reconstrucción nacional, 1920-1934*, México, UAM/Porrúa, 2002, pp. 115-126.

²² Humberto Giannini, *op. cit.*, p. 41.

²³ Mariano Azuela, “Nueva burguesía”, *Obras completas*, tomo 2, Fondo de Cultura Económica, p. 10. Enseguida sólo pongo las páginas entre paréntesis.

el monumento a la Revolución. Se “dicen que va a haber borlote²⁴ y eso es cosa que me entusiasma”, comenta el inquilino del número 35. Van como a cualquier paseo dominical con alegría, bullicio, alboroto y jolgorio, a gastar su día de vacación semanal. Dos amigas de las Escamillas llegaron “exprofeso a la fiesta desde Azcapotzalco” (p.15).

Para la celebración de acción política que se convoca en la explanada de La República, los asistentes portan ropa especial: medias de seda y zapatos recién comprados, “vestidos de nuevo muy bien planchados, choclos brillantes y el pañuelo asomando bajo la solapa” (p. 10).

La reunión se llenó de gente, letreros, y como en todo festejo popular que se precie de serlo “descendió una fina lluvia de confeti, serpentinas, volantes con retratos y vítores al candidato”. Al llegar a la explanada, el elegido, sucedió que todas las locomotoras de Buenavista sonaron los silbatos, y el “nombre del candidato corría de boca en boca haciendo brillar la alegría en todos los rostros”. Pero en un instante se perdieron los límites, la cantidad de personas y la algarabía se desbordó, el “rumor creció como el de un mar embravecido. Sexos, edades, fisonomías, clases, todo se fundió en una masa movediza e informe, algo como una monstruosa gusanera” (p. 19).

Efectivamente, la fiesta se sale de control y Azuela la califica como *monstruosa gusanera*, un nido enorme de larvas y lombrices que aparece de momento atemorizando por su aspecto asqueroso. La carga de lenguaje es de rechazo ante la pérdida de orden de la masa informe. En este maremágnum los asistentes salieron despachurrados, perdieron zapatos, medias y ropaje fueron desgarrados, peinado y maquillaje perdieron su aspecto en el “oleaje incontenible [...] de pies groseros y manos adelantadas [...] caras prietas chorreadas y sus vestidos hechos garras” (pp. 20 y 21).

Siguiendo a Paul Ricoeur en su análisis sobre la importancia del lenguaje simbólico²⁵, se puede señalar que Azuela establece una carga negativa cuando se refiere a los pobladores del barrio de Nonoalco, en particular a los trabajadores detallados en su novela; hace una crítica a las condiciones de limpieza y arreglo personal, por ejemplo cuando se refiere al obrero viudo quien “olía a sobacos” (p. 12). El novelista también cuestiona la movilidad social que generó el gobierno cardenista con amplios sectores de las clases populares:

²⁴ Borlote: tumulto, desorden, escándalo. *Diccionario de mexicanismos*. Academia Mexicana de la Lengua, en línea [consultado 1 de noviembre, 2016].

²⁵ Manuel Maceiras, “Presentación”, Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, tomo 1, México, Siglo XXI, pp. 11-29.

Las Amézquitas no querían acordarse más de su tierra, un pueblecillo de Jalisco, muy cerca de Guadalajara, desde donde dieron un salto mortal del lavadero y de la mesa de la plancha hasta los elegantes escritorios de acero de la Secretaría de Hacienda. Con la subida de Cárdenas a la Presidencia de la República, subió naturalmente el mosquero que lo rodeaba. Entre los más gordos iba el subdelegado de Hacienda del pueblo de las Amézquitas, muchachas famosas por bonitas, alegres y despreocupadas. Parece que el empleado había tenido sus dares y tomares con Cuca la mayor. Ello fue que con su ascenso se las llevó a la capital con doce y ocho pesos de sueldo respectivamente. Con tanto dinero las guapas explanchadoras perdieron el sentido del equilibrio. (pp. 12 y 13)

Aquí Azuela puntualiza el color de la tez de las protagonistas en un tono despectivo y ridiculizando el episodio. Descripción de facciones que recalcará sobre los modelos del Monumento a la Revolución y la semejanza del obrero don Roque con estas esculturas:

En la base de la cúpula, en cada uno de sus ángulos, sobresalen en altorrelieve bloques de concreto, cuerpos masudos, cabezas aplastadas, caras cuadrangulares y manos como sapos monstruosos acariciando barrigas repletas a reventar. Molesta un poco el simbolismo cruel; pero su bestialidad es casi sublime. Hay que convenir en que la interpretación ha sido un acierto y, desde muchos puntos de vista, genial. (p. 17)

A continuación, la representación del personaje, que aparece en páginas adelante, un sencillo desventurado, de facciones *grotescas*:

Don Roque. Como si lo hubieran arrancado de uno de los altos relieves del Monumento de la Revolución. Inspiraba terror y risa. Sus mejillas arcillosas, sus labios más que gruesos, sin pelo de barba, sus líneas de pétreo inmovilidad. ¿Un sacrificador azteca? Nada de eso: un simple paria que de tanto verlo no da risa ni miedo. (p. 34)

Así a partir de la manifestación política como fiesta para la clase popular de trabajadores, el novelista aprovecha para criticarlos en su aspecto físico y maneras de comportarse, además de presentar el acontecimiento como una celebración en sus tres facetas: preparación, convocación y pérdida del orden, como lo he señalado al principio de este texto.

Celebrar en el cabaret

Otra actividad de fiesta y celebración para el cuerpo y el espíritu es la visita al cabaret. Así lo nombra Azuela, en particular al salón de baile Los Ángeles fundado en 1937 por Miguel Prieto, sitio que se localiza a unas cuadas de la mencionada vecindad de Nonoalco, a donde hay que ir con la indumentaria correcta.

Ellas, sintiéndose de la realeza con “vestido de fulgurante color rosa muy escotado, zapatillas blancas de tacones plateados y mucho colorete en los labios” (p. 32), también faldas de largas colas de telas brillantes en amarillo oro o rojo infernal, “mostraban espaldas y pechos prietos, atrozmente empolvados” (p. 32). Ellos, unos fífies con delicados modales, largas patillas negras y enfundados en “chaqueta corta con pretensiones de smoking, pantalones faldas y la cabeza luciente a fuerza de brillantina” (p. 34); otros en “rigurosa etiqueta; overol azul de Prusia, recién estrenado [casi almidonado]; camisa negra de cuello levantado sobre la nuca, zapatos color café claro muy relumbrosos y un sombrero de copa picuda y alas muy cortas” (p. 33). Aparentando distinción y mundo pero en palabras del novelista “no eran sino unos pobres diablos de chafiretes”²⁶. (p. 35)

En el cabaret se baila en pareja baladas que toca la radiola.²⁷ Más tarde llegará el mariachi interpretando la polka “El barrilito”, himno de los políticos de oposición. El local está en el abandono, los muros estropeados y decorado con efímeros adornos que se caen de marchitos, “foquillos eléctricos de colores [...] adornos de papel de china, sus guirnaldas desteñidas y mosqueadas y estampas de propaganda: marcas de vinos, cervezas, cigarros, dulces y afeites” (p. 33), mismos que se consumen en el salón de baile o en la cantina contigua donde también se expenden todo tipo de bebidas alcohólicas desde el pulque hasta exóticos cocteles. El salón es altamente frecuentado por los vecinos de las cercanías y de más allá, al punto de no haber una sola persona más; lugar propicio para la convivencia, la *conbebenencia*, la presunción, el coqueteo, el grito efusivo, el aplauso estridente, las risotadas ensordecedoras, el reparto de puestos, el arreglo de negocios, la coincidencia carnal o el desencuentro amoroso.

²⁶ Chafirete, chafireta (de chofer.) m. y f. coloq. mal chofer, mal conductor de vehículo automóvil. Guido Gómez de Silva, *Diccionario breve de mexicanismos.*, en línea [consulta noviembre 2016].

²⁷ Rodialas, orquestolas o sinfonolas, son accionados mediante una moneda. *Diario Oficial* (1940), df.gob.mx/abrirPDF.php?archivo=11071940-MAT.pdf&anio [consulta noviembre 2016].

El baile estaba en su apogeo cuando el coronel con su acompañamiento lo abandonó. Gritaban las muchachas como si les hicieran cosquillas, rebuznaban los saxofones, los músicos hacían ridículas piruetas mezclándose con la concurrencia. Rostros prietos y húmedos se juntaban con otros empastelados de colorete, había ojos agrandados de aves nocturnas, otros quemándose, todo en un ambiente de lujuria al rojo blanco. No era extraño que algunas parejas grave y calladamente se ausentaran del salón.²⁸

Después de la catarsis dancística y alcohólica llega el fin de la fiesta. No existe rastro de aquella elegancia almidonada con la cual se reunieron al principio de la noche. Han quedado en su contrario. Al despuntar el alba se presentaba un espectáculo decadente y repugnante, donde el cantinero dormita en la barra, algunos clientes estaban con la vista perdida y otros se sostenían en dupla. Así lo narra Azuela:

Amanecía: los filamentos incandescentes ponían reflejos rojizos en las mejillas pálidas y marchitas, en las hondas ojeras, en los vestidos ajados de las pocas parejas que aún seguían bailando al ritmo bárbaro de una orquestola. Del piso mojado se levantaba un olor acre, nauseoso, insoportable.²⁹

Turismo criollo. El paseo como fiesta

El Turismo criollo es el paseo en día domingo, ida y vuelta o fin de semana, también conocido como “viajes de recreo” para la distracción y el solaz esparcimiento. Teniendo la consigna: “salimos a divertirnos y a gozar” ante cualquier precariedad. Además, es indispensable la canasta con provisiones como pambazos o tamales y la posibilidad de gastar dinero en aguas frescas, refrescos, gelatinas y nieves de vainilla, todo a ritmo de la canción de moda *Vereda tropical*.

Por eso el turismo de un día tiene un impacto que integra a los pobladores, y a la vez se establece una red capitalina con otros lugares, que amplía el horizonte espacial del entorno urbano con el bosque, el campo y el balneario. Así, la ciudad proletaria incorpora en su ámbito espacios campestres que se disfrutaban los domingos.

La vestimenta elegida es para, en el caso de él, una camisa de \$12.00; ella se ha destinado para la ocasión: un abrigo de algodón azul, pantalones de cretona amarilla con flores azules, además sombrero de soyate con listón color rosa. Los lugares que visitan, según narra Azuela, son el bosque de Chapultepec

²⁸ Mariano Azuela, “Nueva burguesía”, *op. cit.*, p. 36.

²⁹ *Ibid.*

para usar su velocípedo, que como reza la publicidad: “Con un tostón diario se lleva en el acto su bicicleta”.

Por esos días las Escamillas andaban locas; desde que vieron a Diana Durbin en *Loca por la música*, pedaleando con otras chicas del cine. Ellas como todo México cursi, no pensaban sino en pasear en bicicleta por el bosque de Chapultepec [...]. Por consiguiente, a cada domingo las Escamillas salían de la vecindad muy orgullosas en sus flamantes bicicletas, haciéndose las desconocidas. Miguelito las seguía a distancia en un forcito de a uno cincuenta la hora. A eso se reducía su papel, amén de pagar los refrescos y un kilo de barbacoa con salsa borracha y tortillas [...]. (p. 46)

Otros sitios de paseo son los tradicionales días de campo al Desierto de los Leones en el coche de los vecinos, o la asistencia a balnearios populosos en Cuernavaca saliendo en camión de segunda desde el Zócalo, pero nunca entrarán a lugares como el Casino de la Selva, donde sólo tiene posibilidad ciertos políticos y millonarios, no la gente del pueblo, aunque sean la *nueva burguesía* laboral.

Llegaron al balneario cuando eran más los mirones que las bañistas. Una se tendía en el estanque haciendo angelitos y la otra manoteaba dando retumbos que levantaban blancos copos de espuma. Salió otra más con la cabeza empapada, enrojecidos los ojos y la nariz anhelante. [...] Siguió llegando la gente y a poco todo estaba lleno. Se aburrieron del museo viviente de deformidades por exceso o deficiencia; mujeres ventradas como sapos y otras más flacas que chapulines. (p. 50)

También están las visitas a la ciudad de Querétaro en tren (Pullman) para conocer las tradiciones y visitar iglesias, “eso es lo que hay que admirar cuando va uno en calidad de turista” (p. 54), pero donde los protagonistas se asombran de ciertos espacios que no imaginan que existan.

Emmita entró en el coche dormitorio como una boba. El silencio imperante, la luz tenue y difusa, la quietud con que el auditor y el conductor revisaban guías y boletos, todo le causaba una extraña impresión, como si no entrara en un simple dormitorio, sino en un mundo nuevo. [Más tarde] Ellos se bañaron en una alberca y ella en un “especial”. El agua fresca le devolvió la serenidad, la esperanza y la alegría. Salió pidiendo que la llevaran a conocer el cerrito donde fusilaron al emperador Maximiliano. Estaba enamorada del austriaco desde que lo conoció en la película *Juárez*, de Paul Muni. [...] Regresaron de comer costeano una larga arquera. Nadie reparó en el acueducto conservado como joya virreinal de inestimable valor, porque, lo mismo

que los ricos altares de las iglesias, no entraban en la ciencia del agente ni dentro de la capacidad emocional del garrotero. (pp. 58, 59 y 60)

Conclusión

Las fiestas se harán mientras exista algo por lo cual celebrar y eso es un motivo digno de cambiar la rutina: bodas, entierros, uniones, desfiles, santos, noches de baile, días de campo, vacaciones, días para descansar, aniversarios, conmemoraciones patrióticas, batallas, fechas para comprar y para vender, distinguidas noches que recordar y amanecer que evocar.

Por infinidad de motivos, hacemos fiesta y parranda y pachanga; éstas ponen un punto en el calendario y nos renuevan para continuar en el trajín del largo y habitual camino a recorrer. Momento que nos sirve para tomar fuerzas, nos revitaliza de la rutina, la fiesta y el jolgorio es el oxígeno para continuar, corte de espera y manecillas de *tictacs* que promueven el sonar de la campaña, *el tiempo de los relojes*. La fiesta es la magnificencia de vivir intensamente el presente, es la posibilidad de enunciar que hay un antes y un después de la festividad, que hubo un pasado y habrá un futuro.

Bibliografía

- Academia Mexicana de la Lengua, *Diccionario de mexicanismos*, en línea [consulta noviembre, 2016].
- Azuela, Mariano, *Epistolario y archivo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- , *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Benjamin, Walter, "Sobre la moda", *El libro de los pasajes*, Madrid, Ediciones Akal, 2005.
- De Certeau, Michael, "El fin de semana. Sábado-domingo", *La invención de lo cotidiano, 2. Habitar, cocinar*, México, Universidad Iberoamericana, 1999.
- Diario Oficial* (1940), df.gob.mx/abrirPDF.php?archivo=11071940-MAT.pdf&anio [consulta noviembre 2016].
- Gómez de Silva, Guido, *Diccionario breve de mexicanismos*, en línea [consulta noviembre 2016].
- Giannini, Humberto, *La "reflexión" cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2004 (1987).
- Hermoso, Manuel, "La sociología de la vida cotidiana en Agnes Heller." *Arjé Revista de Postgrado FACE-UC*, vol. 8, núm. 14, enero-junio 2014, edición especial [consulta noviembre 2016].
- INEGI, *Estadísticas históricas de México*, tomo I, Francisco Alba Hernández, Centro de Estudios Económicos y Demográficos, El Colegio de México, 1995.

Jiménez, Jorge, *La traza del poder*, México, Dédalo/Codex, 1993.

Lalive D'Epinay, Christian, "La vida cotidiana: construcción de un concepto sociológico y antropológico". Concepción, Chile, Universidad de Concepción, *Sociedad Hoy*, núm. 14, 2008 <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=90215158002>>.

Maceiras, Manuel, "Presentación", Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, tomo 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

Muñiz, Elsa, *Cuerpo, representación y poder. México en los albores de la reconstrucción nacional. 1920-1934*, México, UAM/Porrúa, 2002.

Quirarte, Vicente, *Elogio de la calle*, México, Cal y Arena, 1999.

Quiroz Ávila, Teresita, *La mirada urbana de Mariano Azuela*, UAM, México, 2014.

Ricoeur, Paul, *Tiempo y narración*, tomo 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

Salazar Guerrero, Roberto, "Algunas nociones sobre los grupos", *Imaginación y deseo. Los actores en el ámbito universitario*, UAM/Miguel Ángel Porrúa, México, 2001.